

de religioso, que compartieron los dos pensadores: la experiencia de la nada, que constituye en Heidegger el “objeto” de la angustia, y la nada, lo carente de sentido, eternamente, en Nietzsche (p. 225).

Este ensayo, cuidado en los detalles, muestra, desde la primera hasta la última página, una prosa ágil, sencilla y rica, que pronto envuelve al lector haciéndole participe de las preguntas que plantea. Constituye, de este modo, una sugerente y efectiva invitación a la metafísica, una interesante propuesta de acceso a su ámbito. Esta invitación, como la propia autora señala, se dirige especialmente a los alumnos de filosofía. Sin embargo, la profundidad de las cuestiones, la sutileza que podemos hallar en la formulación de las preguntas, así como la riqueza en matices del abordaje de las mismas hace que sea una muy recomendable referencia tanto para los amantes de la metafísica como para los especialistas en este campo.

Inmaculada HOYOS SÁNCHEZ

CANO, Germán: *Adoquines bajo la playa. Escenografías biopolíticas del 68*, Buenos Aires: Grama, 2011

La tesis principal de este nuevo libro del filósofo Germán Cano es que Mayo del 68 fue un experimento de “quinismo” que hay que rescatar para nuestros convulsos días. Lo quínico es una modalidad de subjetivación política que apunta a desarmar o desmontar una situación de poder simplemente mediante el gesto, sin estrategias preconcebidas ni guiones prefijados.

Para su defensa de lo quínico sigue Cano la distinción propuesta por Peter Sloterdijk entre cinismo y quinismo<sup>1</sup>. El cínico es aquel que es capaz de distanciarse de una situación dada, se coloca en una posición de decisión soberana excepcional, y basa su estrategia política en una fórmula: “Sé que lo que estoy haciendo es erróneo o no creo en ello en absoluto, pero, sin embargo, lo hago a fin de *protegerme* o sacar subjetivamente algún *provecho*” (p. 42). Hay un cinismo contemporáneo que consiste en separar conocimiento y acción, como si el conocimiento de la realidad sirviera para escudarse ante la contingencia de la existencia y la presencia del Otro. El cínico dice que sabe “cómo funciona el mundo”, se defiende ante él y rechaza cualquier cara a cara con aquello que le trastoque u altere su posición de partida. Se autoafirma, “así son las cosas” –dice– y así son las cosas porque él lo sabe. El encuentro con lo extraño no puede tener lugar: está puesto entre paréntesis de entrada como algo inconcebible, no pensable. Según Cano, el cinismo es a fin de cuentas una forma de desmentido o renegación (*Verleugnung*) fetichista. Su aparente realismo no es sino una forma de idealismo o incluso de moralismo. No contaminarse es su lema. El conocimiento su pasión.

El quínico por el contrario reconoce que no conoce de antemano aquello en lo que está inmerso, y se sitúa de lleno en la situación, transformándola y transformándose él mismo.

<sup>1</sup> Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela, 2003.

Los azares y acontecimientos del momento le impiden entrar a valorar o sopesar lo que ocurre, pues lo que ocurre se escapa a su conocimiento. El sujeto quínico se queda desnudo en la situación, sin protección o distanciamiento posible, exponiéndose. Es por eso que se expresa por medio de gestos, a menudo cómicos, que no tratan de explicar las cosas ni de buscar grandes causas.

Germán Cano sostiene que el 68 supuso una transformación del campo de fuerzas performativas y políticas en juego, de lo que se podía hacer y decir ante el poder, y lo muestra mediante un análisis crítico de la dialéctica del amo y del esclavo hegeliana. Por medio de provocaciones y de gestos corporales, el acto quínico muestra el poder del amo como dependiente de aquel al que somete. Cano analiza la célebre foto en la que se ve a Daniel Cohn-Bendit frente a la figura de un policía de tamaño mucho mayor que él y a la que sonríe irónicamente con una mirada directa. El policía le devuelve la mirada, serio. Cano interpreta la imagen como una forma de cortocircuito de la relación de poder por medio de la cual las dos figuras quedan por un momento paralizadas, descolocadas. No se trata de una situación que desemboque en una dialéctica clásica entre un amo y un esclavo. Es decir, aquí no hay modelos sacrificiales ni heroicos de comportamiento. Tampoco hay un proceso largo y paciente de espera, una especie de guión preconcebido por medio del cual el esclavo logra finalmente su emancipación por medio del trabajo. Lo que hay, ya lo hemos dicho, es un gesto irónico y descarnado que muestra que el poder es sostenido también por el dominado, como si Cohn-Bendit le dijera al policía, “eh, tú también dependes de mí”. En palabras del autor: “*Agotados* de esperar indefinidamente la muerte del amo, los esclavos dejaban de ser esclavos al reconocer cómo habían proyectado a su amo. *Agotada* esta ilusoria espera, el guión, para ellos, tenía que volverse a escribir de un modo ya no cínico” (p. 15). Esta nueva escritura supone una experiencia heterodoxa sepultada y ninguneada por la tradición dialéctica hegeliana. Germán Cano escribe con lucidez que a los sometidos solo les queda lo imprevisible, aprender a vivir en el desorden sin ansiedad (p. 17) en una situación de fragilidad existencial, sin planes hechos, sin paciente espera. La liberación del esclavo no tiene lugar –y en este punto echa mano de Lacan y de Žižek– frente a un supuesto otro coactivo exterior, sino frente a un yo interior que retroactivamente crea un amo al que someterse. No hay playas naturales de resistencia debajo de los adoquines.

En una línea similar, Cano se refiere asimismo a Foucault como éste se quiso ver, es decir, como un “intelectual específico” (p. 39) que en el contexto de las revueltas del 68 aspiró a no encerrar las protestas estudiantiles en ningún marco de comprensión previo, y más bien optó por llamar la atención sobre esa fragilidad, manifestada en los cuerpos y las emociones. Fueron momentos singulares de desgarramiento que interrumpieron el hilo de la historia.

Germán Cano sitúa el gesto quínico en un marco biopolítico y afirma que lo que estaba en juego en las luchas políticas del 68 es precisamente la exposición del cuerpo de los contendientes. El quínico no tiene como arma más que un gesto ofensivo e insolente. (A diferencia del cínico, cuya estrategia es separarse prepotentemente de la situación, autoafirmandose).

Pero quínico y cínico no son figuras independientes. Si el cínico se resguarda prepotentemente en su pensamiento y aparta de sí la vida y el cuerpo, el quínico por el contrario expone su cuerpo, y lo dirige no solo a la autoridad sino también al cínico para tener efectos sobre él. El cínico conoce el malestar, pero se distancia de él. El quínico está molesto y con sus gestos de provocación hace sonrojar al cínico, incordiándole, avergonzándole. El

cínico se escinde entre vida y pensamiento, desprecia el cuerpo, se sitúa en la incoherencia existencial, e instaura de manera narcisista su saber en el lugar primordial. Su posición refleja un idealismo de la conciencia. El quínico no coloca el pensamiento en un altar, sino que vive y encarna la verdad, la hace visible en sus modos de comportarse, reconoce el escenario asimétrico de poder, y le recuerda al cínico que él también está vivo y tiene un cuerpo: en su sonrojo.

Germán Cano también se pregunta en el libro si la desnudez política que emerge en el 68 puede ser reducida a un escenario de simple contrapoder. Es decir, si el gesto quínico tiene también elementos constructivos. La respuesta está clara: el acto quínico es “un acto de verdad que, por su llamativa visibilidad, su insobornable franqueza y relación con el peligro, era muy distinto de las prácticas retóricamente defensivas del sabio, del técnico, del retórico o el profeta” (p. 51) Sostiene Cano que el quínico no es un quietismo resignado en la medida en que está plenamente comprometido con un trabajo de subjetivación orientado a la libertad. En sus actos no está en juego la identidad, ni una decisión incuestionable en su inmediatez soberana, sino el ocupar un lugar en un campo de fuerzas. Vivir en tensión. Sumergirse en el presente: “La resistencia, concebida más como “límite” o “envés” que como un “exterior” puro, será tanto más *poderosa* cuanto más cerca esté del lugar exacto en el que se ejercen las relaciones de poder, esto es cuanto más sencillamente se *padezca* la subordinación, y, a la inversa, más impotente en términos políticos cuanto más apele de forma solemne a una supuesta soberanía” (p. 58).

El saber de la óptica cínica, escribe Germán Cano en los últimos capítulos del libro, acabó sin embargo identificando el acontecimiento de Mayo del 68 con una mera revuelta juvenil en pro de la libertad sexual, y así lo despolitizó. El propio Cohn-Bendit, convertido con los años en un político pragmatista de lo posible, describe su gesto en *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*<sup>2</sup> como una mera subversión surrealista e irreverente, como una energía liberadora y vitalista. “Fueron los que más buscaron las cálidas playas bajo los grises y fríos adoquines –concluye Cano– los primeros que cayeron en la nueva ficción de repliegue” (p. 69).

Sonia ARRIBAS

<sup>2</sup> Dany Cohn-Bendit, *La revolución y nosotros, que la quisimos tanto*, Barcelona, Anagrama, 1998.